

LAS "NOVELAS DE CURA" DE ZOLA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA*

Bajo este título, a falta de otro más preciso, agrupo dos novelas de Zola, *La conquête de Plassans* y *La faute de l'abbé Mouret*, ambas protagonizadas por un cura, alrededor del cual giran todos los restantes personajes y se acumulan las acciones.

Cuando Zola comenzó la serie de los Rougon-Macquart, ya tenía planeado crear "una novela sobre los curas de provincia" o una novela sobre "el cura enamorado". Su inquietud por el tema se había manifestado ya anteriormente en una serie de publicaciones breves. En 1869 aparece en la *Tribune* un relato en el que hace por primera vez una descripción de la beata enamorada, la cual, excitada por los perfumes y el ambiente de la iglesia, es finalmente seducida por el vicario.

Al abordar este asunto, no hacía Zola sino retomar algo que era de punzante interés en la Francia de su tiempo: Tanto científicos como escritores y pensadores se inquietaban por la situación de los religiosos, por su intromisión en la política y por las consecuencias de sus votos, muy especialmente el de castidad, inquietud que compartía también el pueblo, como se reflejaba en las manifestaciones anticlericales que tenían lugar en Francia por entonces. Las novelas de Zola no eran las primeras en enfocar el tema: *Mme. Gervais* de los hermanos Goncourt, *Curé de Tours* de Balzac, la novela en dos partes de H. Malot, *Un curé de province* y *Un miracle*, incluso *Rouge et noir* de Stendhal las precedieron, de tal manera que podrían tomarse como posibles antecedentes a lo que he llamado "novelas de cura".

Pero en tanto que en Francia era éste uno de los grandes temas literarios, en España todavía apenas se tocaba, aunque, como es bien sabido, no eran pocos los que también se inquietaban por una situación semejante a la francesa.

Sólo un hombre como Clarín, tan poco sometido a los prejuicios españoles de su tiempo, podía ser capaz de iniciar ese

* Ponencia leída en el VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Venecia, 25-30 de agosto de 1980).

tipo de novela. A ello contribuiría también su gran admiración por Zola, que se revela en el prólogo a su traducción de *Trabajo*¹: “Zola es el primer novelista de su país, a mi ver, entre los vivos; y acaso también del mundo entero”.

Así, *La Regenta* se convierte en la primera “novela de cura” española, aunque estableciendo algunos cambios a la organización de Zola: en la obra de Alas el religioso no sobresale entre todos los personajes, sino que comparte a medias el papel principal con Ana Ozores, la cual, al mismo tiempo, difiere bastante de la figura femenina de *La conquête de Plassans*, personaje incoloro cuya importancia no es sino un reflejo del brillo del abate Faujas.

Aunque varios críticos han aludido a la influencia de *La conquête* en *La Regenta*², no existe todavía un estudio completo al respecto. Gilman (*op. cit.*, p. 439) ha señalado ya la necesidad de tal investigación: “Hay en realidad tantos parecidos y ecos —muchos más de los que hace notar Küpper— que un estudio aparte parecería ser lo indicado”.

El espacio de que dispongo en esta ocasión me impide llevarlo a cabo aquí, por lo que sólo puedo mostrar, a grandes trazos, las semejanzas entre ambas obras. En efecto, si se observan los rasgos fundamentales de *La conquête*, el ansia de poder temporal del religioso, el desequilibrio del confesor a causa de su propia función, el ambiente de la burguesía provinciana, la insatisfacción de la esposa, desatendida por su marido, la relación ‘confesor-hija de confesión’ que se convierte en una verdadera transferencia, se observará que todos ellos constituyen, de la misma forma, la base de *La Regenta*.

Pero lo que Zola se propuso hacer, “una novela sobre el cura enamorado”, no lo desarrolló todavía en *La conquête*, sino más adelante. Efectivamente, el abate Faujas, a diferencia del Magistral, nunca se enamora de su hija de confesión, Marthe Rougon. Su afán de poder es su única pasión, y su estrecha relación con Marthe no es sino un arma más para llevar a cabo sus fines temporales. Cuida bien de no abandonarse a la sensualidad, y conserva su castidad —interna y externa— íntegra. Cuando los sentimientos de Marthe hacia él se vuelven tan vio-

1 EMILIO ZOLA, *Trabajo*. Barcelona, 1901, t. I, p. v.

2 WERNER KÜPPER, *Leopoldo Alas “Clarín” und der französische Naturalismus in Spanien*, Köln, 1958, p. 107; STEPHEN GILMAN, “La novela como diálogo: *La Regenta* y *Fortunata y Jacinta*”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV (1975), pp. 438-448.

lentos que no puede dominarlos y le implora que los corresponda o que siquiera los comprenda, su reacción es adversa: la rechaza violentamente, y no sólo no se conmueve, sino que experimenta un profundo desprecio hacia ella, que se ha dejado llevar por pasiones carnales, sin considerar que él ha sido quien ha hecho todo lo posible por despertarlas.

La figura del cura enamorado la creará Zola más tarde en *La faute de l'abbé Mouret*, obra que tiene ya muy poca relación, o tal vez ninguna, con *La Regenta*.

Sin embargo, creo que *La faute* tiene mucho que ver en la génesis de dos obras de Gabriel Miró, *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*. Al señalar esto, no hago sino continuar con las importantes investigaciones iniciadas por Francisco Márquez Villanueva³ sobre la influencia de Zola en Miró.

En la novela francesa, Serge Mouret, el protagonista, comparte la parroquia con otro cura, el hermano Archangias, cuya figura sirve, al mismo tiempo, para poner de relieve características humanas visiblemente opuestas en ambos. Serge es un hombre inteligente, sensual, refinado, en lucha siempre por elevar su vida espiritual, por ser comprensivo con sus semejantes. Es físicamente hermoso y frágil. Precisamente por estas características se hace posible su "falta", y a causa de ellas la justifica Zola. El hermano, en cambio, es de una rudeza brutal, tanto en sus gustos como en su aspecto físico. Incapaz de sentimientos afectivos, se erige en el guardián de Serge, tratando de evitar que recaiga en su falta. Su carencia total de sensualidad le convierte en el azote de los enamorados, cuyas relaciones sexuales concibe sólo como apareamiento de animales.

Pues bien, en las dos novelas de Miró, como obras sin protagonista, sobresalen —entre otras— dos figuras de religiosos, cuyas características, totalmente opuestas también, las utiliza su autor, como Zola, para poner de relieve lo que puede ser la religión y lo que no debe ser.

Por los rasgos de cada uno de ellos, pienso que Miró debió de inspirarse en la pareja francesa al crear la suya.

Don Magín, como Serge, es un hombre hermoso, refinado y sensual. Él no comete ninguna "falta", pero su sensualidad

³ "Sobre fuentes y estructura de *Las cerezas del cementerio*", en *Homenaje a J. Casaldueño*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 371-377; "Sobre fuentes y estructuras de *El abuelo del rey*", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV (1975), pp. 469-480.

está subrayada siempre a través del desarrollo de sus sentidos, sobre todo el olfato y el tacto. También, como Serge, elige voluntariamente ejercer su ministerio en un pueblo alejado del mundo, Oleza, cuyo paisaje, muy semejante al de los Artaud, ardiente bajo el sol, calcinado por el bochorno, con sus casas irregulares de piedra y su vegetación meridional, parece que se duerme en una sensualidad caliginosa.

Frente a él, el Padre Bellod es rudo, primitivo, inclusive brutal. Desde el principio lo describe Miró carente de olfato, es decir, mutilado en sus sentidos, por lo cual su castidad exacerbada carece de mérito. Como párroco, se impone la tarea de velar por sus vicarios, a los que somete a penosas caminatas y a disciplina guerrera.

Es esta figura la que tiene semejanzas más evidentes con la del hermano Archangias de Zola, que fue probablemente su antecesor. Desde la descripción física, se puede apreciar el parecido. "Son grand corps maigre taillé à coups de hache [...] sa nuque, au cuir tanné, méttant dans l'ombre sa dure face de paysan en lame de sabre"⁴. El Padre Bellod es "de carne áspera y espíritu rígido y vigilante [...] la piel áspera como de peña volcánica".⁵

Pero no es casual esta coincidencia física: la conducta de ambos, así como sus conceptos sobre la vida y el matrimonio, son muy similares también. Los dos persiguen con la misma saña los pecados de sensualidad, guiándose por una castidad seca y estéril, que los convierte en misóginos desorbitados. "Ça serait un fameux débarras, si l'on étranglait toutes les filles à leur naissance" (*op. cit.*, p. 1239), dice el hermano Archangias, mientras que el confesonario del P. Bellod "hacía estremecer a los más limpios corazones femeninos" (Miró, p. 702).

Lo exacerbado de su continencia se refleja en su furia contra el matrimonio, del cual los dos religiosos olvidan hasta la condición de sacramento. Archangias:

"Est-ce que ça a besoin d'être béni, ce trou à cochons? Pour ce qu'ils vont y faire de propre dans leur chambre!" (Zola, p. 1440). El P. Bellod se encolerizaba ante "las indignidades

⁴ ÉMILE ZOLA, *La faute de l'abbé Mouret*, en *Les Rougon-Macquart*, Bibliothèque de la Pleiade, Bruges, 1960. (Todas las citas se harán por la misma edición).

⁵ GABRIEL MIRÓ, *Nuestro Padre San Daniel*, en *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1943, pp. 702-703. (Todas las citas se harán por esta edición).

del matrimonio y viendo que sus criaturas no se amaban a sí mismas hasta el propósito de la continencia" (Miró, p. 702).

La sequedad de ánimo en ambos religiosos se refleja también en su odio por los animales. Archangias trata de torcer el cuello a los pajaritos que cuida la hermana del abate: para él, los mirlos dan mala suerte (Zola, p. 1279). En otra ocasión derriba a pedradas un nido, y arroja los polluelos al arroyo (p. 1235).

Las muestras de la dureza del P. Bellod hacia los animales se reflejan con insistencia a lo largo de las dos obras de Miró, desde las ratas de la iglesia a las que tortura con complacencia, hasta los perros que aplasta como carroña y la graja que destruye con lujo de crueldad, ya que para él personifica al demonio.

En la novela de Zola, el hermano Archangias, de más edad que el abate, aunque de menor categoría eclesiástica, siente el deber de proteger la pureza de Serge, muy especialmente después de sus amores con Albine, de modo que le trata como a "un coupable dont on se méfie, que l'on juge assez faible pour retourner à sa faute, si on le perdait des yeux une minute" (Zola, p. 1110). De una manera semejante, el P. Bellod vigila a Don Magín, a su llegada a Oleza: "Avizorábale el párroco en cada momento y en cada palabra" (Miró, p. 710).

No creo necesario insistir con más detalles, de los varios que existen, sobre el parecido entre ambas figuras. La novela de Zola y las de Miró son sustancialmente diferentes, pero sin duda la primera impresionó a Miró, y sirvió de base para alguna de las muchas facetas que hacen de *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso* tan ricas narraciones. Todo ello serviría, una vez más, para demostrar cómo el escritor francés fue importante fuente de inspiración para varios de los grandes novelistas españoles, así como también lo ha sido para los hispanoamericanos. Y aunque esta afirmación no represente en sí un hallazgo, puesto que ya se viene haciendo una serie de investigaciones en torno a ello, creo que todas las contribuciones para probar la importancia de Zola en la génesis de la narrativa moderna, supone un elemento más en la comprensión del género.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

